

ya antes de las bodas existía cierta enemistad entre los novios: el príncipe evitaba la compañía de su novia y de la madre de esta, con la cual tenía serios altercados, mostrando en cambio su afición á la compañía de los lacayos de la corte y á los juegos infantiles de toda clase, mientras Catalina se hacía traer libros de la Biblioteca de la Academia, que leía con gran aplicación, y estudiaba con afición suma el idioma ruso.

Mientras Catalina se mostraba muy considerada en todo y para con todos, y no hacía nada sin antes meditarlo muy detenidamente, pues comprendía cuán difícil era su situación, el príncipe, como la joven justamente observa, era «discreto como un cañonazo» y decía muy tranquilamente á su novia que su ayuda de cámara le había aconsejado que tratara con dureza á su futura esposa y no la dejara mezclarse en sus asuntos, pues era indigno de un hombre dejarse guiar como un imbécil por una mujer. Otra vez el príncipe envió á decir á su novia por un criado que vivía demasiado lejos de él para que la visitara á menudo (1).

Catalina cuenta la angustia con que miraba al porvenir y lo mortificada que se había visto en su orgullo, sin exhalar á pesar de ello una queja contra nadie. La idea de inspirar compasión la aterrorizaba: á solas lloraba mucho, pero ocultaba la verdadera causa de sus lágrimas cuando alguna camarista se enteraba de su aflicción. Consolábase con la esperanza de hallar la solución del problema que se había planteado, á saber: atraerse las simpatías de todos ó, por lo menos, de muchos. «No me mezclaba en nada, decía; mi rostro parecía siempre tranquilo: mucha deferencia, atención y cortesía para con todos, y como mi condición era alegre, veía con gusto que de día en día iba captándome las simpatías del público que me consideraba como una interesante criatura, no falta de talento (2).»

Entre el gran príncipe y su novia no podía haber mas antagonismo que el resultante del hecho de que el sucesor á la corona gustaba de jugar con muñecas y de alternar con los criados, al paso que la princesa era una «niña» que, como ella misma dice, «procuraba con todo su celo atraerse las simpatías del público.» Mientras Stáhlín decía de su educando que había perdido todo el tiempo del noviazgo en juegos (3), Catalina se dejaba interesar por el conde Syllenberg en la lectura de las obras de Plutarco, Cicerón y Montesquieu, que aprendía con rapidez suma. El siguiente episodio demuestra la formalidad de Catalina, la cual pudo en años posteriores decir con razón: «Tenía quince años y para esta edad era yo bastante sencilla y aplicada.» «El conde Syllenberg me decía: una filósofa de quince años no puede conocerse á sí misma; y yo estaba tan rodeada de peligros que él temía que yo fracasara en mi intento si mi espíritu no era muy elevado.... Dijele yo que quería hacerle un retrato de mí misma tal como yo me conocía para que pudiera ver si me conocía ó no. En efecto, tracé mi imagen en un trabajo que titulé «Retrato de una filósofa de quince años» y lo puse en sus propias manos. Muchos años despues, es decir en 1758, encontré este retrato y me admiré el conocimiento de mí misma que revelaba. Al cabo de algunos días el conde Syllenberg me devolvió mi trabajo, del cual ignoro si se quedó con copia, acompañándolo con una docena de páginas llenas de reflexiones en las cuales procuraba fortalecer mi grandeza de alma y mi fuerza de voluntad tanto como las demás cualidades de la inteligencia y del corazón. Muchas veces leí lo que el conde había escrito, aprendién-

(1) *Memorias de Catalina*, pág. 23.

(2) *Id. id.*

(3) *Tschtenija*, 1866, VI, Miscelánea, pág. 87-89.

dolo de memoria y proponiéndome formalmente seguir sus consejos. Prometimelo á mí misma y cuando me prometí una cosa la cumplo mientras puedo. Devolví, siguiendo sus deseos, el escrito al conde Syllenberg, y ahora comprendo de cuánto me sirvió para formar y templar mi alma y mi inteligencia (4).»

Ese episodio acaecido con el conde Syllenberg parece que fué de gran trascendencia en la historia de los progresos de Catalina, la cual, mas de veinte años despues, escribía al conde que le estaba muy agradecida porque el éxito que ella había alcanzado lo debía al estímulo que de él había recibido (5).

No faltaban, sin embargo, á la sazón cuidados y aficciones á la joven: tuvo desagradables disputas con su madre, la cual no solo con ella sino con todo el mundo seguía un proceder mezquino y desconsiderado: también existían ciertas disidencias entre ella y la emperatriz Isabel que echaba en cara á la princesa su afición al lujo. Despues de la pleuresía que había tenido en 1744 en Moscou, enfermó Catalina del pecho y se puso en extremo flaca. El príncipe había también sufrido una grave enfermedad, las viruelas, que habían desfigurado su rostro. «Se ha vuelto repugnante,» decía Catalina (6). «Comprendo perfectamente los pocos deseos que tiene de visitarme y la poca inclinación que hacía él siento,» añadía en otro pasaje de sus Memorias. Mas adelante, hablando de los preparativos de boda, decía: «Cuanto mas se acerca el día, tanto mas crece mi aflicción. Mi corazón no me anuncia felicidad alguna; solo mi ambición me sostiene firme. Siento en el fondo de mi corazón algo secreto que no me deja ni un momento dudar de que mas tarde ó mas temprano he de ser la emperatriz soberana de Rusia con un poder absoluto (7).»

Las bodas se celebraron en 25 de agosto de 1745: la pompa y el lujo que en tal ocasión se desplegaron fueron una imitación de las fiestas de corte de Versalles y de Dresde, de cuyos puntos había importado la emperatriz las prescripciones del ceremonial. Los festejos duraron diez días.

Poco tiempo despues, salió de Rusia la madre de Catalina, que había roto por completo con la emperatriz, y de cuyo alejamiento cuidó Bestusheff. Juana Isabel había esperado que se invitara á la boda de su hija á su esposo, el príncipe Cristian Augusto, pero esta esperanza quedó frustrada. Stáhlín opina que la emperatriz apresuró la boda, no tanto porque los médicos habían dicho que el estado de debilidad de Pedro no hacía esperar para él un año de vida, cuanto por alejar de la corte á la princesa Juana Isabel (8).

El padre de Catalina murió en 1747, y dice Catalina en sus Memorias: «Esta noticia me produjo gran sentimiento: durante ocho días me dejaron llorar cuanto quise, pero despues la señora Tschoglokkoff me manifestó que había llorado ya bastante, y que la emperatriz me ordenaba poner

(4) *Memorias*, pág. 27-28. En 1758 quemó Catalina con otros papeles este trabajo «á causa del desdichado asunto de Bestusheff.» En cuanto al escrito de Syllenberg, en vano lo buscó en Suecia el señor J. Grat en el año 1874; véase la revista *La antigua y la moderna Rusia*, 1875, I, 120.

(5) *He creído deber estaros obligada por mas de un concepto y si tengo algun éxito lo compartiré conmigo, pues vos habeis sido quien ha desarrollado en mí el deseo de llegar á hacer grandes cosas.* 1766. *Ilustración de sucesos históricos*, X, 157.

(6) *Memorias*, pág. 28.

(7) *Historia de Pedro III*. Londres, 1774, pág. 82 y Siebigk, página 103.

(8) *Tschtenija*, 1866, IV, Miscelánea, pág. 89.

término á mi llanto, pues mi padre no había sido rey (1).» La correspondencia de Catalina con su madre debía limitarse, segun mandato expreso de Bestusheff, á cosas generales, y en una postdata que puso en una de sus cartas, decía la princesa que en este punto no era libre (2).

Por conducto de cierto personaje, el caballero Sacromow, recibía de cuando en cuando secretamente cartas de su madre, á las cuales contestaba por igual intermedio, manifestándole que le habían dicho que una gran princesa rusa no podía escribir mas cartas que las redactadas en el ministerio de negocios exteriores, en las cuales no tenía mas que poner la firma (3). La madre de Catalina se trasladó en 1758 á Paris, donde murió sumamente afligida en 1760. Las relaciones de la princesa con su hermano, el príncipe Federico Augusto de Anhalt-Zerbst, eran en extremo frias é indiferentes. Ya en 1746 había renunciado

Catalina á todos sus derechos eventuales al principado (4). De suerte que cada día se aflojaban mas los lazos que habían unido á la ex-princesa Sofía Federica Augusta con su patria.

Rusia había de ser para ella una segunda patria.

Pero en el momento de su matrimonio, el porvenir no se le ofreció con caracteres muy halagüeños. Poco tiempo despues de las bodas escribía: «Mi querido esposo no se cuida para nada de mí: todo el día permanece en sus habitaciones haciendo el ejercicio con sus criados, para lo cual hay días que cambia veinte veces de uniforme. Yo bostezo y me aburro, pues no me es dado hablar con nadie, ó asistir á alguna fiesta pública (5).»

Catalina continuaba, aun mas que antes, sin poder contar mas que consigo misma. Por tanto se dedicó con nuevas fuerzas á completar su educación.

CAPITULO II

MATRIMONIO. ESTUDIOS. CAPRICHOS AMOROSOS

Lamentable estado de Pedro.—Su conducta indigna.—Lecturas de Catalina.—Conducta circunspecta de la princesa.—Historia del matrimonio.—Tirantez entre Pedro y Catalina.

Un antagonismo de carácter como el que entre Pedro y Catalina existía puede, en el bosquejo que de las cualidades del primero hace en sus Memorias la segunda, despertar la sospecha de cierta parcialidad en una exposición histórica de aquella clase. El retrato que la que despues fué emperatriz hace de su esposo produce el efecto de una caricatura; pero nosotros que estamos en condiciones de apreciar, por otras fuentes, la semejanza y fidelidad históricas, llegamos al resultado de que el bosquejo de Catalina era exacto. La dura crítica que la gran duquesa hace de la conducta del gran duque heredero hasta 1758 está confirmada por las relaciones de los contemporáneos y mas aun por la historia del gobierno y por la catástrofe de Pedro.

Desde el momento mismo de la boda, se hizo Catalina cargo de su situación y escribió acerca de ella: «Yo ví claramente que el gran duque no me amaba: catorce días despues de la boda me confesó que estaba enamorado de la señorita Carr, dama de honor de la emperatriz. Además decía á su ayuda de cámara que no había punto de comparación entre aquella dama y yo, lo cual hubo de contradecir el servidor: fué una escena que casi pasó en mi presencia. Entonces no pude menos de presentir que con tal hombre había de ser muy desdichada si mostraba para con él una ternura á la que tan mal correspondía, y que llegaría á morirme de celos sin utilidad para nadie. En su consecuencia procuré dominar mi amor propio y no ser celosa, para lo cual no había mas que un medio, á saber: no amarle. Si él hubiese querido ser amado, no me hubiera sido difícil

amarle, pues me sentía inclinada á él y además estaba acostumbrada á cumplir mis deberes; pero para ello era preciso que yo hubiese tenido un esposo que tuviera el entendimiento sano, y él no lo tenía (6).»

No es de extrañar que Catalina no encontrase placer alguno en los juegos y en las desordenadas diversiones de Pedro: ella misma refiere que su esposo se entretenía con un teatro de polichinelas, adiestrando perros, á los cuales maltrataba de un modo indigno, jugando con juguetes y muñecas, disfrazándose con sus lacayos, etc. Unas veces le destrozaba los oídos tocando el violín; otras la molestaba con los chasquidos de un látigo: en una ocasión la hizo levantar de noche para comer ostras con él; en otra imaginó el plan de convertir la corte en una especie de convento y de vestirse de capuchino, ordenando que la leña y el agua fuesen llevadas en borricos: obligó á Catalina á dibujarle el plano de una de estas casas creadas para fines religiosos: á menudo la obligaba á jugar á juegos de azar con monedas imaginarias; así una vez, entre otras, un gorro de dormir debía representar una suma de 10,000 rublos. Catalina escribe: «Por mas que estaba decidida á mostrarme amable y paciente con él, no podía disimular cuánto me aburrían sus visitas, paseos y conversaciones, tan insípidas como yo no he conocido otras semejantes. Cuando él me dejaba, el libro de mas insípida lectura me parecía un entretenimiento precioso (7).»

En las notas que, á manera de dietario, ha dejado Stáhlín, dice refiriéndose á los primeros años que siguieron al matrimonio del gran duque, que este pasaba el tiempo poniéndose uniformes, jugando á los soldados, y divirtiéndose con cosas

(1) *Memorias*, pág. 71.

(2) *En fin, esta es la explicación del enigma; al buen entendedor media palabra le basta. Adivinad, señora, si podeis y creed que yo soy siempre la misma. Ilustración de sucesos históricos*, VII, 70.

(3) Algunos interesantes detalles acerca de esto pueden verse en las *Memorias*, pág. 84.

CATALINA II

(4) *Siglo diez y ocho*, I, 34.

(5) *Memorias*, pág. 43.

(6) *Memorias de Catalina*, pág. 48-49.

(7) *Memorias*, 149.

desordenadas; que había olvidado cuanto había aprendido, etc. (1).

No le bastaba al gran duque poner toda clase de uniformes á sus lacayos y jugar con ellos á los soldados: además tenía en su cuarto una mesa grande que cubría de soldados de plomo, á los cuales hacía entrar de guardia, mientras un criado tocaba el tambor. Una vez vió Catalina en el cuarto de su esposo colgando del techo un raton que, como decía muy seriamente Pedro, había sido ahorcado por sentencia del consejo de guerra por haberse comido dos soldados de almidon de la fortaleza de pasta que había sobre la mesa. En las paradas de aquellos soldados hechos de cera, almidon, estaño, etc., solían presentarse de grande uniforme con botas y espuelas el gran duque y sus lacayos. Con grandes planchas de metal se imitaba el estruendo de la fusilería y de la artillería, etc.

Estas relaciones de Catalina no son en manera alguna exageradas: el diplomático francés Daillon escribía en 1746 que Pedro molestaba á todo el mundo; que era reñidor, aficionado á la bebida; que se rodeaba de gente insulsa; y que su principal diversion era el teatro de muñecos. Finckenstein decía, en 1747, al rey Federico que casi no podía creerse que Pedro llegara á gobernar, pues era enfermizo y estaba odiado por todos los rusos; que su conducta era necia en gran manera, y que si bien algunos querían hacerle el favor de excusar sus actos diciendo que eran debidos á un profundo disimulo, la verdad era que léjos de representar el papel de Bruto, era frívolo y pueril por naturaleza (2).

Ya Stahlin manifiesta que la Czarina estaba indignada de la conducta de su sobrino. De una instruccion que respecto de las personas que rodeaban al gran duque redactó Bestusheff, por encargo de la emperatriz, se desprende que Isabel tenía conocimiento de la conducta del sucesor al trono y que no podía volver de la sorpresa que tal conducta le causaba, pareciéndole imposible tal comportamiento. Algunos criados que habían contribuido á la indigna conducta de Pedro fueron despedidos, y el gran duque se vió sujeto á una estrecha vigilancia. En aquella instruccion, encontramos tambien algunos pormenores acerca de la falta de tacto que en la iglesia mostraba Pedro; de la tirantez de relaciones que entre este y Catalina existía; de los juegos de soldados y de muñecas, en que el gran duque se divertía, y de su completa carencia de dotes para dedicarse á algo serio. Fijósele un horario de estudios y tareas; se le prescribió la conducta que debía seguir cuando se presentaba en público para que no se pusiera en ridículo, y el modo decente de sentarse á la mesa; se le prohibió usar bromas groseras y familiarizarse con los criados, y se puso término á los juegos de uniformes, tambores, tiendas de campaña, etc. En aquel documento se decía terminantemente que la emperatriz apenas podía creer que tales juegos de soldados se hubiesen podido verificar en las habitaciones del gran duque (3).

Aun cuando se tenga en cuenta que el autor de esta instruccion era Bestusheff, que no quería muy bien al gran duque, este documento debe ser considerado como una prueba de la verdad contenida en las Memorias de Catalina. Es digno de notarse que todos los ataques en estas manifestaciones del canciller contenidos van dirigidos al gran duque, sin que ni por asomo aparezca censura alguna contra Catalina. Uno de los rasgos que caracterizan el afan con que Bestusheff procuraba que aquella corte joven adquiriera

(1) Documentos (Tschtenija) de la Sociedad moscovita, 1866, IV. Misceláneas, pág. 90-91.

(2) Ssolowieff, XXIV, 51-52.

(3) Ssolowieff, XXIV, 52-54.

importancia, es la poca elevacion de miras que mostró en el ejercicio de la tutela del sucesor al trono y de su esposa. Pedro debía ser objeto de continua vigilancia mientras fuese menor de edad y no completase su educacion. En cambio la formalidad de Catalina la ponía fuera de toda inspeccion y permitía que viviese independiente.

La instruccion tan bien intencionada no pasó del papel. El nuevo intendente del gran duque, Tschoglokkoff, para el cual había sido escrita, no parecía muy á propósito para mejorar la conducta de Pedro. Stahlin le llamaba ignorante, y de sus intrigas y las de su mujer encontramos detalles en las Memorias de Catalina.

Los juegos de soldados de Pedro continuaron como si nada se hubiera dispuesto, tomando por el contrario mayor incremento, cuando en 1755 llegaron á Rusia oficiales y soldados de Holstein. En aquella ocasion su soberano tuvo especial gusto en hacer con ellos en Oranienbaum la vida de campamento, que por lo insulsa y tonta distaba poco de los juegos con las muñecas. Stahlin se burlaba de la fanfarronada de tal servicio y del aire marcial de Pedro, el cual así como antes aborrecía el tabaco, se había vuelto á la sazón fumador apasionado, porque así lo exigía, según él opinaba, la condicion de oficial del Holstein. A esto hay que agregar algunas orgías á las cuales se había acostumbrado Pedro en su trato con los lacayos, y que en Oranienbaum pusieron en peligro la salud del débil joven (4).

Su afición á la vida militar fué un secreto durante largo tiempo para la emperatriz, como lo habían sido todas las necesidades que había cometido en sus habitaciones, hasta que algunos amigos y algunos enemigos del gran duque descubrieron á su tia aquellas prácticas militares, pintándoselas como inocentes diversiones, que tales eran en efecto. Catalina, en cambio, comprendió que con aquella conducta se enajenaba Pedro el último resto de popularidad y que al rodearse de los de Holstein, que no respiraban mas que odio contra Dinamarca, se apartaba por completo de su mision, que era ser con el tiempo el soberano de Rusia. Sistemáticamente procuró Catalina evitar todo trato con los militares alemanes, y dice explícitamente censurando la vida de campamento que llevaba Pedro, que cuando paseaba con sus damas y con los caballeros de la corte procuraba alejarse del campamento, tomando siempre una direccion contraria á este.

Las relaciones entre los esposos eran tales que la gran duquesa siempre tenía que llevar la contraria á su marido.

La afición de Pedro á la bebida la sabemos no solo por las Memorias de Catalina, sino por la obra de Castera que menciona esta circunstancia, observando sin embargo que los enemigos del gran duque le habían acostumbrado á la bebida para hacerle despreciable á los ojos de la emperatriz. Stahlin, Woronzoff, la princesa Daschkoff y las relaciones de algunos embajadores nos dan acerca de este punto tales pormenores, que hacen muy verosímil la narracion de Catalina, la cual dice que se encontraron en una cómoda del gran duque un gran número de botellas de vino y de aguardiente (5).

A los cinco años del matrimonio de Pedro con Catalina ocurrió lo siguiente. El gran duque mostró una pasión deci-

(4) Véanse los documentos de la Sociedad moscovita. 1866. IV. Misceláneas. 91-92. 107-109.

(5) Memorias de Catalina, pág. 182. En ellas observa que casi todos los días había visto embriagado al gran duque. En la biografía de Alejandro Woronzoff (archivo del príncipe Woronzoff, V, 19) se lee: *El gran duque se había entregado á la bebida*. Véase tambien la narracion del lector Paulo Lefermière, en la *Ruskaja Starina*, XXIII, 194 y 195.

da por la princesa de Curlandia, y Catalina procuró ocultar cuanto pudo su indignacion y la mortificacion que sufría en su amor propio. Una noche, apenas se había retirado á dormir, entró en su cuarto el gran duque, y «como estaba ebrio, dice, y no sabía lo que hacía, dirigióme la palabra para hablarme de las excelentes dotes que poseía su amada. Yo fingí dormir profundamente para obligarle á lo menos á guardar silencio; pero él continuó hablando en voz mas alta y cuando vió que no daba señal alguna de estar despierta, me dió dos ó tres golpes con el puño en el costado censurando irritado mi profundo sueño. Luego se volvió y se durmió. Aquella noche lloré mucho por el proceder en sí, por los puñetazos que me había dado y por mi situacion desagradable bajo todos conceptos. A la mañana siguiente, pareció avergonzarse de lo que había hecho; no habló una palabra sobre ello y yo fingí que nada había sentido (1).»

Así seguía la gran duquesa el camino que se había trazado: la vida de la corte ofrecía pocos estímulos intelectuales; de aquí que Catalina se dedicase con mas noble afición á los libros: su educacion no estaba completa y su instruccion había sido interrumpida por el viaje á Rusia. Por eso, siguiendo los consejos de Syllenberg, trató de continuar sus estudios con energía. Solo así podía resistir la influencia que el trato con gente mezquina é ignorante y la permanencia en una corte que se distinguía por sus intrigas y bajezas podían ejercer en ella. Durante muchos años, vivió Catalina completamente aislada en medio de la muchedumbre que la rodeaba. Ninguna de sus damas merecía su confianza ni era digna de sus intimas confianzas. Las relaciones con la princesa Daschkoff no nacieron hasta los últimos años que precedieron al cambio de gobierno, y el trato con Ssaltykoff, Poniatowski y Gregorio Orloff tambien corresponde á años posteriores. Los ocho primeros años del desdichado matrimonio de Catalina los pasó esta dedicándose á su propia educacion: estaba completamente abandonada á sí misma, y durante aquel período, no tuvo intimidad con nadie. Acerca de esta época y de la que siguió despues escribía en 1766 á su amiga, la señora de Bjelke: «Desde los 15 hasta los 33 años no tuve á mi alrededor ninguna mujer con la cual pudiera yo conversar; estaba rodeada de verdaderas criadas; así es que si quería hablar con alguien tenía que hacerlo con hombres, lo cual ha hecho que, por inclinacion y por costumbre, sepa hablar mas con hombres que con mujeres (2).»

Dícese que además de Syllenberg, el embajador prusiano baron de Mandefeld dió consejos á la gran duquesa respecto de su educacion, aconsejándola que se dedicara á lecturas serias y profetizándole un gran porvenir (3).

Catalina observa en sus Memorias que en un principio había leído con preferencia novelas, mencionando, entre otras, la francesa de *Tirante el Blanco*; pero luego se cansó de esta lectura y se dedicó á la de las cartas de Mme. de Sevigné y á la de las obras de Voltaire, poniendo desde entonces gran cuidado en la eleccion de libros (4). En una carta que escribió á Voltaire, poco despues de haber subido al trono, reconoce que desde 1746, período en que se sintió mas libre de lo que era su época, tiene mucho que agradecerle, y dice que desde que por casualidad hubo á las manos sus obras había leído todo cuanto él había escrito (5). En una carta

(1) Memorias de Catalina, pág. 119.

(2) Ilustracion de sucesos históricos, X, 105.

(3) Según relaciones de contemporáneos reproducidas en la obra de Ssumarokoff. *Rasgos de la vida de Catalina la Grande*, San Petersburgo, 1819.

(4) Memorias de Catalina, pág. 26 y 67.

(5) Véase el trabajo de Grot sobre la juventud de Catalina en la revista *La antigua y la moderna Rusia*, 1875, I, 122.

que mas adelante escribió á Grimm llama á Voltaire su maestro, y dice que le tiene que agradecer su educacion; añade que se había emborrachado tanto en el estilo de aquel filósofo, que distinguiría sin vacilar cuál obra es debida á su pluma y cuál no, y que si su propio estilo tenía alguna energía, profundidad y belleza, se debía á la influencia de Voltaire (6).

De los otros libros que leyó durante aquella época, menciona Catalina las *Memorias* de Brantome, la *Historia de Enrique IV*, de Péréfixe, una *Historia de Alemania* en muchos tomos, de Pedro Barre, las obras de Platon, etc. Desde 1747 hasta 1749 se entretuvo leyendo el *Diccionario histórico y crítico* de Pedro Bayle: algunos años despues leyó la obra de *Historia eclesiástica* de Baronio, el *Espíritu de las leyes* de Montesquieu y los *Anales* de Tácito. Acerca de estos últimos, dice: «Produjeron una verdadera revolucion en mi cerebro, á lo cual contribuyó indudablemente el descontento que yo en aquella época sentía. Comencé á ver las cosas mas negras y mas profundas y á buscar en aquello que hería mi vista las causas mas en relacion con los distintos intereses (7).» En 1758 leyó, con el mapa sobre la mesa, los cinco primeros tomos de la *Historia de los viajes*, lectura que, como observa en sus Memorias, mas bien la entretuvo que la instruyó. Al propio tiempo comenzó á leer el primer tomo de la *Enciclopedia* de Diderot y d'Alembert (8).

En la citada instruccion que la emperatriz Isabel hizo recopilar para uso de Tschoglokkoff se leía el precepto de que no debía tolerarse á Pedro la lectura de novelas. Acerca de las lecturas del gran duque, escribe Catalina: «Compraba libros alemanes, pero ¡qué libros! Una gran parte de ellos eran de oraciones luteranas; otros historias y procesos de los ladrones que habían sido ahorcados ó atormentados por medio de la rueda, y él los leía simultáneamente (9).»

Los estudios de Catalina eran una preparacion para alcanzar la aptitud de gobernar: cada día se entregaba con mayor celo á la lectura de obras históricas, filosóficas y políticas, resultando como fruto de estos estudios las noticias de la gran duquesa que, en forma de dietario, fueron coleccionadas en los últimos años del reinado de Isabel. En ellas aparecen ya aquella aptitud generalizadora de que mas adelante había de sacar su «instruccion»; aquel optimismo á que permaneció fiel hasta los últimos días de su vida, y aquellas tendencias patrióticas que se armonizaban con el sentimiento del deber en su régimen de despotismo ilustrado. Allí encontramos en formas concisas consideraciones sobre la utilidad que la educacion reporta á la mujer, sobre los abusos de la administracion, sobre la importancia de la nobleza en el Estado, y sobre la necesidad de la emancipacion de la clase agrícola. Allí se consignan principios como los siguientes: «Tengo la vista fija en el país á donde Dios me ha traído: Dios me es testigo de ello. La gloria de este país es la mia. Mi máxima es esta: seré feliz si mis ideas pueden contribuir en algo á la gloria y al bienestar de este país.» «Yo quiero que el país y los vasallos sean ricos.» «¡Libertad, alma de todas las cosas! sin tí todo muere. Yo quiero que se cumplan las leyes, pero no quiero esclavos.» «El que tiene por aliados á la verdad y á la razon, puede oponerse á las voluntades contrarias: los razonamientos convencerán siempre á la mayoría del pueblo.» «El poder sin la confianza de la nacion no es nada para aquel que quiere ser amado y glorificado. Es muy fácil captarse la confianza

(6) Ilustracion de sucesos históricos, XXIII, 103, 113.

(7) Memorias, pág. 205.

(8) Memorias, pág. 316.

(9) Memorias, pág. 109.

nacional; basta solo para ello tener por mira el bienestar del pueblo y practicar la justicia. Si se toman ambas cosas, que son inseparables, como norma de conducta; si no se tiene en cuenta otro interés alguno, toda tarea es fácil.» Trata despues la gran duquesa de cuestiones administrativas y toca los problemas de estadística, de policía industrial y de impuestos, llegando á hablar hasta de las dificultades con que tiene que luchar el legislador y observando que para publi-

car nuevas leyes es menester poner mucho cuidado y circunspeccion en su elaboracion y que debe oirse el parecer de los interesados: «especialmente, dice, ha de procurarse no pecar de inconsecuencia en la promulgacion de las leyes, no publicando nunca disposiciones que luego hayan de ser derogadas.» El problema de la administracion de la justicia, sobre todo en lo que á la parte criminal se refiere, interesa en alto grado á la gran duquesa, la cual se declara decidida-



Catalina Alexeiewna, gran duquesa de Rusia.—Copia reducida del grabado hecho en 1761 por José Winogradov

mente contra el tormento, contra la confiscacion y contra los tribunales extraordinarios. Siempre coloca la justicia y el bienestar del pueblo al frente de su profesion de fe. «Pueden, escribe, atarme las manos para hacer el mal, pero quiero tenerlas libres para hacer bien, etc.» (1)

Parece como si contara, muchos años antes de subir al trono, con poder apreciar práctica y libremente por sí mis-

(1) *Ilustracion de sucesos históricos*, VII, 82 y 101.

ma la bondad de estos principios ideales. Quería proceder en sentido progresivo, y siempre estuvo animada de la idea de las reformas. «Un rey no tiene mas que un deber, escribía á la señora de Bjelke, que es querer el bien de sus súbditos (2).» De acuerdo con la opinion pública quería introducir grandes modificaciones en la vida del Estado. «A menudo vale mas inspirar que ordenar reformas,» decía uno de

(2) *Ilustracion de sucesos históricos*, X, 165.

aquellos aforismos del dietario de 1761, máxima que se armonizaba perfectamente con el memorable acto de la convocacion de la Asamblea legislativa. Siempre creía poder llegar al logro de sus elevadas aspiraciones expresando con firmeza la opinion optimista que acerca de su situacion y de su mision tenia: continuamente decía que este mundo era el mejor de los mundos posibles.

A estos formales esfuerzos para ponerse á la altura del gobierno que probablemente habia de corresponderle, uniase en Catalina el deseo de ser amada y popular. En sus notas autobiográficas encontramos las siguientes observaciones relativas á su matrimonio: «Mi mayor cuidado fué atraerme las simpatías de todos: grandes y pequeños, nadie fué des-cuidado por mí, pues me propuse como regla de conducta



El conde Gregorio Gregorovich Orloff.—Copia reducida del grabado de E. Chemesov, sacado del cuadro original de Bellay

que necesitando de todos, debía hacer todo aquello que pudiera atraerme simpatías; y al fin lo conseguí (1).» Ponia tambien especial cuidado en buscar todos los recursos para captarse la benevolencia de la emperatriz Isabel y oía con gusto los consejos que con este objeto le daban sus camaristas (2). Posteriormente manifestó los medios de que se habia valido durante los primeros años de su permanencia en Rusia para hacerse partido entre las personas de la corte: con las damas de edad avanzada habia mostrado cierta deferencia, tratándolas con benevolencia suma, informándose del

estado de su salud, hablando con ellas de medicamentos, oyendo con paciencia sus largas narraciones, pidiéndolas consejos y aprendiendo de memoria los nombres de sus perros y de sus papagayos: siempre sabia cuándo debía felicitarse á cada uno por su cumpleaños ó por su santo. Con estas pequeñeces, decía que habia logrado vencer la desconfianza y la frialdad con que en un principio habia sido recibida en Rusia y hacer formar alto concepto de su talento y de sus sentimientos á muchas personas que posteriormente apoyaron su ensalzamiento al trono (3).

Entre sus cuidados se encontraba el de dominar la situa-

(1) *Ilustracion de sucesos históricos*, IX, 165, X, 136, XIII, 210.

(2) *Memorias*, pág. 40.

(3) *Archivo ruso*, 1873, pág. 336 y 337.